

CARTAS DE MISIONEROS

SIERRA LEONA

Triunfos de la gracia

Interesantes por demás son estas impresiones de un misionero en que nos relata sus horas felices, sus triunfos, cómo conquista para Dios un alma que es pagana.

CARTA DEL P. RAIMOND AL R. P. USSEL

Serabu, Misión del Sagrado Corazón.

CAE una lluvia torrencial. Todas las cataratas del cielo parecen haberse abierto. Aunque calado hasta los huesos, estoy contento como jamás lo estuvo príncipe alguno. Pero tengo motivos para ello: en un día dos victorias para el Divino Maestro; una plaza tomada por asalto y el demonio echado como á puntapiés de un trono ocupado tranquilamente durante cincuenta años. He aquí el hecho:

Serabu es uno de tantos pueblos de Sierra-Leona. Dista diez kilómetros de la Misión. En los anales nacionales de la población mendé, si se escribieran podría ocupar una página de las más gloriosas. En efecto, si volvemos la vista atrás, veremos á los naturales de este pueblo levantar orgullosos la bandera de la independencia contra la dominación británica, asesinar á los agentes encargados de cobrar los impuestos y declarar resueltamente la guerra á los blancos, con la esperanza de exterminarlos, ó, por lo menos, de expulsarlos del país. El Espíritu consultado les había prometido la victoria; por consiguiente, no dudarían del éxito de sus armas. ¡Cruel ilusión! En repetidos combates los hombres de la tribu mendé, arrastrados por sus hermanos de Serabu, cayeron en gran número, y ante el terrible descalabro sufrido por su ejército, los supervivientes tuvieron que someterse al yugo del vencedor.

En este pueblo de Serabu operaba ayer nuestro catequista, el intrépido Tommi, esforzándose en cumplir á sus deberes de «obrero del Señor.» Al acabar el catecismo, se le presentó un venerable anciano, héroe olvidado de las luchas de antaño, el cual le dijo:

«—Como ves, Tommi, soy viejo, estoy débil y no puedo, como diez años atrás, esgrimir la espada, la

ballesta ó la lanza contra estos blancos que se han introducido en nuestro país. Querría, pues, ser hijo de Dios, del Dios de los blancos. Derrama sobre mi cabeza esta agua que dices es la puerta del Paraíso.»

Tommi temblaba de emoción, y, sonriendo, le contestó al veterano:

«—Está bien, *dadi*, ya lo haré. Pero ten un poco de paciencia. Mañana vendremos y te haremos hijo de Dios.» El anciano no respondió palabra; pero una tierna mirada reveló su profunda satisfacción. «Adiós, *dadi*, añadió Tommi; prepara tu corazón.»



ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUYUS: EL CUENTISTA Y SU FAMILIA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 103)

El catequista prosiguió el camino. Dios iba con él, y su Providencia dispuso hallara otra alma que salvar.

15 DE MAYO DE 1909

AÑO XVII.—NÚM. 333

En el interior de una casa abandonada, en un oscuro rincón, oculto de intento á toda mirada indiscreta, gime un pobre enfermo, mejor dicho, un moribundo. Es extranjero; Badana, otro pueblo mendé, le vió nacer y vivir sesenta años. Pero últimamente un mal espíritu parece haberle tomado por blanco de sus iras, y por esto, para sustraerle á su funesta influencia, su familia ha resuelto trasladarle á este lugar.

Hasta aquí nada de particular... pero ahora empiezan los obstáculos ¿cómo vencerlos? El enfermo es polígamo, y los polígamos son inaccesibles. «Probémoslo, se dice Tommi; mediante la gracia de Dios hasta lo imposible se realiza.» Entra, pues, á la casa, se acerca al paciente, y se sienta á su lado, con el catecismo abierto. Una docena de mujeres asestan sobre el audaz catequista sus coléricas miradas; pero el pobre enfermo, el único interesado, le mira con simpatía. Escucha con atención, y á medida que la palabra divina desciende á su alma, revelándole los secretos de la verdad, su corazón parece desprenderse de las cosas humanas para infiltrarse, digámoslo así, de las divinas. No obstante hay que ir con cuidado en las transiciones y no precipitar la obra del Señor. La hora no parece muy á propósito para hablar al enfermo del Sacramento de la regeneración, ni de los indispensables sacrificios que éste exige. Tommi lo ha comprendido, y por hoy se limita á iniciar en esta alma la buena semilla de la fe, que, el día de mañana, dará frutos de gracia.

Hoy, este fruto ya se ha recogido. He aquí lo sucedido. Muy de mañana emprendimos la marcha, á pesar de la lluvia que no ha cesado en todo el día; lluvia torrencial, de estas en que nuestro cielo suele ser pródigo con frecuencia. Tratábase de la salvación de un alma, y quizá de dos, ¿cómo titubear? Tommi abre la marcha; nosotros le seguimos. En pocas horas llegamos.

En la casa principal, sesenta gallardos jóvenes, armados de cuchillos, se han reunido al toque de corneta del pregonero público para deliberar. Entre esta compacta multitud, que saluda ruidosamente, un venerable anciano está sentado en una mísera estera, reducida á la última expresión. Aunque demacrado por el tiempo, su rostro conserva una expresión á la par buena y enérgica. En cuanto nos ha visto, se ha levantado sobre la estera, con grande alegría de su corazón. Al divisarlo Tommi reconoce en él al anciano guerrero que el otro día le solicitaba el agua santa que abre las puertas del cielo. Es él, no cabe duda; y el pobre anciano, saludando, alarga la trémula mano al misionero.

—Bravo, buen hombre, ¿queréis?...

—Sí, Padre, quiero ser hijo de Dios.

—Hijo de Dios ¿eh? ¿Ya sabéis... y creéis?...

—Explicadme, Padre mío, cuanto debo saber.

—Escuchad, buen *dadi*: Dios..... Trinidad..... Encarnación..... Redención..... ¿Habéis comprendido y creéis cuanto os acabo de decir?

—Sí, Padre, lo he comprendido y lo creo con todo mi corazón.

—Pero... ¿no habéis infringido los mandamientos de la Ley de Dios en vuestra vida de guerrero?

—¡Ah, Padre! ¡cuántas y cuántas veces!

—Ahora lo detestáis ¿no es verdad, buen *dadi*?

—¡Ah! sí, Padre; ya no lo haré más... Derramad sobre mi cabeza esta agua que abre las puertas del cielo. Quiero ser hijo de Dios.

Esto bastaba; el alma estaba bien dispuesta. La gracia de Dios había cumplido su obra. Algunos instantes después el agua regeneradora corría por esta frente surcada de arrugas, mientras que en el gran libro de los elegidos el Angel custodio del anciano guerrero, inscribía, con el nombre de José, un nuevo candidato á la vida eterna, que pronto iría á gozarla.

Regalé al neófito, un crucifijo y una medalla de la Virgen milagrosa, los llevó con respeto á sus labios y los besó varias veces. El buen anciano sonreía afablemente á los testigos de la escena, mientras su ancha frente se iluminaba de radiante esperanza.

Ya tenemos uno, me dije. ¿Qué será del otro? Vencido una vez Satanás, debe preparar todas sus baterías para asegurarse el triunfo en el segundo asalto que va á intentar. Esta idea me hizo casi titubear. Pero, como instrumento de Dios, el misionero tiene que dirigirse á dondequiera que pueda hacer una buena obra, glorificar al Divino Maestro ó salvar un alma.

—¿Dónde vive el jefe enfermo?

—¿Qué jefe?

—Este extranjero de Bandana.

—Allí abajo, Padre, en aquella casa.

En tres minutos nos pusimos delante. La puerta estaba cerrada, sí, cerrada, como para facilitar á esta alma el que se precipitara más á sus anchas en el infierno. En el centro de Africa, entre estas salvajes regiones, hubiérame creído en París, en una de estas casas en que se hace guardia para prohibir la entrada al Dios de los moribundos. Hercúleo cancerbero protege la puerta.

—Abrid.

—No, yo no abro; aquí no entraréis.

—Abre, te digo.

—No quiero.

—¡Cómo! ¿Qué, no abrirás? Tommi, deja el saco y quitame esto.

Al decir «esto» señalaba la barrera que obstruía la entrada de la casa. Contento de la orden recibida, el celoso catequista no titubea un instante; la empresa no es fácil; sus músculos se ven obligados á los más rudos esfuerzos. No obstante, en menos de un minuto los *country-cordes* se rompen, el obstáculo cede. El cancerbero nos mira con aire amenazador, sus ojos despiden centellas; pero no se atreve á otras manifestaciones... teme á los Blancos. Otro hombre, rechoncho y bien fornido, vino entonces á sostener la puerta, que cedía al impulso de Tommi. Cogíle por la espalda y le hice retirar. Aturdido y desconcertado obedeció sin replicar palabra.

Rota la última cuerda, quedaba libre la entrada. Los ojos del joven que guardaba la puerta á nuestra llegada lanzaban rayos. Murmuró alguna imprecación sin duda, dió media vuelta y desapareció: era lo mejor que podía hacer.

Quedamos, pues, dueños del local; sólo nos faltaba lo mejor, que era salvar el alma del pobre polígamo, que estaba para expirar. No había tiempo que perder.

—Buenos días, anciano; tú estás enfermo, ¿no es verdad?

El paciente me miró, alargóme la mano y estrechó fuertemente la mía en señal de gratitud. No hablaba palabra, pero sus ademanes, muy expresivos, revelaban perfectamente sus deseos y sentimientos.

—Bueno, ¿quieres que te haga hijo de Dios antes de morir? No tienes necesidad de hablar; dímelos por señas.

El enfermo hizo una señal de asentimiento acompañada de una de estas miradas tan elocuentes como la palabra. A su alrededor, algunos jóvenes y el grupo de sus mujeres no me ocultan su mal humor. Pero ¡qué importa!

—¿Crees en esto... en esto otro... en aquello?...

Y cada vez, con un vivo movimiento de cabeza, el pobre negro manifestaba su asentimiento. Diríase que la gracia de Dios había tomado ya posesión de su alma.

—¿Quieres recibir el Bautismo, que te hará hijo de Dios y te abrirá la puerta del cielo?

—¡Oh, sí! pareció decirme con un vivo movimiento de cabeza.

—Bueno. Pero tú tienes muchas mujeres, y Dios quiere que sólo tengas una, la primera, y que dejes de mirar á las demás como cosa tuya. ¿Estás conforme?

El consentimiento vino firme y categórico. La gracia había triunfado. Desagradables rumores, semejantes á rugidos de fiera acorralada, salían de un rincón obscuro de la casa, donde se encontraban las pobres mujeres en cuestión. No obstante, haciendo como quien no oía nada, proseguí:

—¿No es verdad, buen *dadi*, que te arrepientes de veras de todas las malas acciones que hayas podido cometer en el transcurso de tu larga vida?

La afirmación no se hizo esperar. Acabado el interrogatorio, como siempre me respondiera satisfactoriamente, le dije al anciano:

—Vamos, pues, di á Dios que le amas con todo tu corazón, que estás dispuesto á seguirle, á hacer cuanto te mande y que quieres ser hijo suyo, y te bautizaré.

Por segunda vez aquel día el agua de la Redención purificaba un alma limpiándola de todo pecado...

De regreso de esta excursión apostólica, camino de Serabu, meditaba en silencio las escenas de que había sido testigo y aun actor durante el día. Mi alma se llenaba de ambiciones y deseos. ¡Ah, Señor! ¡si en vuestro cielo azul practicaseis dos aperturas, una mayor, por la que subieran á Vos innumerables almas cargadas de fervientes oraciones y sacrificios, y otra menor, por la que una de vuestras almas afortunadas en bienes terrenos, derramara sobre nosotros la limosna que nos permitiera fundar este verdadero foco de luz y de amor que parecéis reclamar á este olvidado rincón de la tierra africana!... Ya que he consagrado á ella todas las energías de mi corazón, que otros por lo menos me ayuden con la limosna que ha de centuplicar mis esfuerzos. Vuestra casa está construída con tablas, y carece... ¡ah! hasta carece de lo más necesario: aquí le falta una imagen del Sagrado Corazón, allí otra de la Santísima Virgen; acá un altar, acullá una cruz... ¡y mi bolsa está vacía!

*

Vergüenza me da, reverendo Padre, tener que revelaros así mis sueños. Mi excusa, mi única excusa, es que pregonándolos por todo el mundo quizás un día lleguen á ser realidades.

Aquel día, creedme, del Santuario de Serabu los Angeles se llevarán al Cielo, como ardiente plegaria, la más sincera expresión del vivo agradecimiento de vuestro pobre hermano en N. S. J.

P. M. RAYMOND, *C. S. Sp.*

NOTICIAS VARIAS

Estados Unidos.

Muerte de un Zuavo Pontificio irlandés.—Jaime Murphi, que murió recientemente en Wappinger's Falls, N. J., era un veterano de la Legión Irlandesa que peleó por Pío IX contra Garibaldi. Tomó parte en las batallas de Ancona, Spoleto y Castelfidardo. Cuando se acabó la guerra, vino á América y se estableció en Wappinger's Falls, donde era respetado de todos.

Persia.

La revolución en Persia.—Llegan despachos de Teheran dando cuenta de terribles sucesos ocurridos en Asterabad, ciudad persa de mucha importancia, situada cerca del mar Caspio.

Dicha población se había sublevado contra el Shah, y después de expulsar á las tropas que la guarnecían, eligió un Gobierno constitucional y declaróse independiente con todo el territorio caspiano, de que es cabeza.

Esta especie de República fué atacada en dos ocasiones por las columnas enviadas por el Shah; pero siempre logró derrotarlas y mantuvo su independencia.

Ultimamente, el Soberano persa envió á las comarcas del mar Caspio á uno de sus Generales con orden de levantar batallones de voluntarios realistas y sitiar á Asterabad, tomándola por hambre ó á la fuerza.

El General realista tenía poco dinero, y sus tentativas no tuvieron éxito. No acudían los mercenarios, y debió dirigirse á las comarcas fronterizas del Turquestán.

Envió emisarios á Askabad, Banú, Kizil-Arvat, Geok Tepe y otras poblaciones, y púsose al habla con las tribus turcomanas de sus cercanías.

Una delegación de dichas tribus conferenció con él en las riberas del río Atrek.

El General realista dijo á los que la formaban, que no podía pagar sus servicios; pero que Asterabad era una ciudad muy rica, y que su saqueo sería recompensa suficiente.

Agradó la proposición á los delegados, y pocos días después, millares de turcomanos, jinetes casi todos, invadieron la región de Asterabad.

Guiábales el General en cuestión, que por servir á su amo, el Shah, no vacilaba en entregar á sus conciudadanos á las iras de las feroces tribus del Sur de Turquestán.

Los constitucionales de Asterabad se aprestaron á la defensa. Fortificaron la población, y en número de 3,000 salieron de ella para oponerse al avance de los turcomanos.

Creían que sólo tendrían que combatir á los contingentes de una tribu; pero cuando comenzó la lucha vieron atacados por más de 8,000 jinetes, que les rodearon, acometiéndoles con fiereza salvaje.

La lucha fué larga y sangrienta. Los constitucionales pelearon con estupendo valor, pues defendían sus familias y

hogares. Sin embargo, la superioridad del número esterilizó sus esfuerzos, y los feroces turcomanos rompieron sus débiles cuadros y acuchillaron bárbaramente á cuantos no buscaron su salvación en la fuga.

Comenzó la persecución, y vencedores y vencidos llegaron revueltos y confundidos, casi al mismo tiempo, á Asterabad.

Sólo unos 300 hombres guarnecieron las entradas de la ciudad, y por dicha causa, los turcomanos, acometiendo en tropel, lograron vencerles fácilmente.

Los constitucionales más resueltos refugiáronse en algunos fuertes contruidos no hace mucho, y desde ellos rompieron el fuego contra los asaltantes.

Estos apenas se cuidaron de responderles. Desparramáronse por las calles de la infeliz ciudad y entregáronse al saqueo y á la matanza.

El General persa que los mandaba quiso refrenarles un tanto, avergonzado de lo que ocurría; pero le desobedecieron y continuaron su obra de destrucción y de muerte.

Las escenas de que fué Asterabad teatro exceden á cuanto se puede imaginar.

China.

El Catolicismo en China.—Aquí están las más recientes estadísticas de la Iglesia católica en aquel Imperio: Vicariatos y Prefecturas Apostólicas, 44; Obispos, 44; Sacerdotes europeos, 1,346; Sacerdotes del país, 592; Estudiantes en los seminarios, 1,215; Hermanos Religiosos europeos, 229; del país, 130; Religiosas europeas, 558; del país, 1,328; Católicos, 1.071,920; Catecúmenos, 424,000. El Sr. Obispo Cesáreo Schang, de Chang Tong, China, celebra este año las bodas de oro de su sacerdocio.

EN EL MUNI.—LA GRAN FIESTA DE LOS ÍDOLOS

Llamamos la atención á nuestros lectores sobre este, como todos los suyos, ameno é interesante trabajo, que debemos agradecer á la bien cortada pluma del benemérito misionero P. Gabriel Martí, C. M. F.



CURIOSA á la par que ridícula y supersticiosa es la siguiente relacion histórica que hoy tenemos el gusto de escribir á los lectores de *Las Misiones Católicas* y que debemos á la amabilidad de nuestro particular amigo, don Manuel Norato y Casado, testigo ocular de la fiesta en *Asobla*, pueblo de la tribu *pámue*, situado en las riberras del Nvung, afluente del Utamboni, en el Muni.

Preparativos para la fiesta

Muchos días antes de la fiesta, comenzaron ya los preparativos necesarios para celebrarla con más aparato y pompa.

Al efecto, el gran Jefe de *Asobla*, llamado Aló, de la familia Anvom, hombre fornido y de aspecto feroz, capaz de infundir miedo á los mismos *diablos*, si llegara á enfadarse con ellos, invitó á todos los Jefes de la citada familia, para que tomaran parte activa en la fiesta (1).

Como no podían menos, accedieron los Jefes á la invitación, llegando á reunirse hasta el número de veinte.

Congregados ya todos en *Asobla* en el día señalado, se dirigieron á las afueras del poblado, á fin de señalar el lugar en que debían celebrar aquella fiesta idolátrica en honor de Baco; pues, como después veremos, las *comilonas* y *borracheras* constituyeron lo más principal de ella; con la inteligencia, de que las mujeres y los niños estaban excluidos de tomar parte en la fiesta.

Descripción del templo y del altar

A unos trescientos metros del poblado, levantaron el templo;... pero, ¡qué templo! Una especie de galería de unos cuarenta metros de largo por diez ancho; de estacas que servían de columnas, y de cañas de nipa ó

bambú. Para bóveda... ¡esta sí que era hermosa! el azulado firmamento... Lo único que cubrieron fué el lugar del altar de los sacrificios; y así no pudieron evitar el calorito del sol que los achicharró con sus rayos, como para vengar las injurias que hacían al Creador de cielos y tierra. Por todo adorno pusieron una multitud de telas muy abigarradas que le daban un aspecto fantástico. En el extremo de la galería colocaron el altar para los sacrificios, que mejor se parecía á un *escenario*, ya por la forma, ya por las escenas que allí se representaron. Tenía unos tres metros de largo y estaba cubierto con ramas de palmera. En el centro de este tablado, hicieron un tabique adornado con telas, dejando una abertura de metro y medio de ancho por dos alto; para que el *brujo* titiritero sin ser visto, hiciera bailar á los títeres, como después diremos.

Frente al escenario colocaron unas tablas para depositar los *ídolos*, cubiertas con telas de diferentes colores.

Pero ¡qué ídolos aquellos! ¿Por ventura de oro, plata, cobre, madera ó barro fabricados por ellos mismos? Nada de eso; eran, y ¡qué repugnancia causa el decirlo! *Treinta calaveras* de los diputados más caracterizados de su familia, embadurnadas con una pasta encarnada muy pegajosa que usan ellos, máxime el sexo femenino y los pequeñuelos cuando enferman.

Las *urnas de los ídolos* (unos cestos viejos de melongo), las colocaron á los extremos del tablado, en cuya superficie tenía cada urna su respectivo *mamarracho* de madera, que daba no poca risa verlos. ¡Tan feos saben hacerlos estas gentes de mal gusto! Al fin, por lo que representan... Al ídolo (calavera) que está dentro.

Tal era, pues, el templo y el altar que aquellos pobres salvajes erigieron á sus ídolos para ofrecerles sacrificios. Hora es ya que pasemos á la descripción de el

Día de la fiesta

Era un jueves del mes de Junio; día en el que nuestra santa Madre Iglesia celebraba con inusitada solemnidad el más augusto de los Misterios de nuestra sacrosanta Religión: la festividad del *Corpus Christi*.

En este solemnísimos día, pues, cuando en nuestros

(1) En esta ocasión, como siempre, fué muy ducho y sagaz el jefe Aló, porque deseando obtener del Sr. Norato, alguna suma para sufragar los gastos de la fiesta, le invitó á que la presidiera con pretexto de darle mayor solemnidad, por ser á la sazón el representante del Gobierno español, en *Asobla*; pero quedó muy chasqueado. (Nota del Sr. Norato).

templos se celebraban solemnes cultos en honor del Dios tres veces Santo; cuando los Ministros del Altísimo entonaban salmos é himnos de alabanza al Dios Humanado, oculto en el Sacramento del Amor; cuando el suave aroma del incienso se difundía por todo el sagrado recinto; cuando, en fin, el Rey de cielos y tierra, Cristo Nuestro Señor, era llevado en triunfo por las calles y plazas, tapizadas con alfombras, flores y verde enramada... ¡oh triste coincidencia!... en ese mismo día era también adorado por viles criaturas, su capital enemigo, Lucifer!...

La pluma se resiste á describir esta fiesta idolátrica... Y bien lo sabe Dios, que á no abrigar la firme esperanza de que su lectura ha de inspirar sentimientos de amor y de reparación á nuestro adorable Jesús Sacramentado, como también de súplicas fervientes para la conversión de aquellos gentiles... nunca, ni por nada de este mundo le diéramos publicidad. ¡Haga el Divino Espíritu que así sea!

Difícil es formarse idea de las ansias con que aquellos desventurados infieles esperaban este día; pues fueron tantos los *baleles* (bailes del país), borracheras y algazara, que ya desde la vigilia hicieron, que allí nadie se daba un momento de reposo; desde el fornido Aló, *Sumo Sacerdote de los idólos*, hasta el último de los *irracionales* que en Asobla hormigueaba, todos se agitaban para celebrar la fiesta.

Amaneció, por fin, este día; y ya desde las primeras horas era de ver el entusiasmo con que todo Asobla se azoraba para que nada faltara á la fiesta. Unos iban al templo para darle la última mano; otros apresaban *patos, gallinas y cabras* para el sacrificio; éstos, muy amantes de Baco, trajinaban todo lo necesario para la gran *comilona* y *borrachera*, que tan á su gusto habían de hacer aquel día; aquéllos producían un ruido infernal con el estrepitoso tocar de sus tumbas y demás instrumentos, anunciando á los pueblos de la comarca la gran fiesta de aquel día; y los menos, que eran los Jefes, capitaneados por Aló, daban las disposiciones oportunas para que todo se ejecutara con el orden y etiqueta que los ídolos merecían...

Serían las seis de la mañana, cuando terminados ya los preparativos, los veinte Jefes, presididos por el Supremo, Aló, se dirigieron al templo, trayendo consigo cada uno, su pato, gallina ó cabra, según era su posibilidad. A su llegada rompieron tumbas los quinientos hombres allí reunidos, produciendo un ruido ensordecedor. Acto seguido, fueron ocupando á lo largo del templo el lugar que el gran Jefe Aló les iba señalando, mientras que él ocupó el sitio presidencial, que era el más próximo al altar.

Perorata de Aló y otros Jefes

Una vez ocuparon los Jefes sus respectivos sitios, levantóse Aló; y á una pequeña indicación suya, cesó de repente aquel estruendo de tumbas. Dirigióse luego al centro de la galería, y estando en pie, con su *escobilla* (1) comenzó á perorar con voz ronca y ojos chispeantes, manifestando á sus 500 colegas el objeto de aquella fiesta, y dándoles el parabién por la actividad con que habían contribuido á ella.

Cuando hubo terminado, levantóse el Jefe más caracterizado, y con palabras fogosas y ademanes grotescos, arengó á la multitud, que atenta le escuchaba, para que celebraran con toda satisfacción y regocijo aquella tan extraordinaria fiesta.

Cada una de las peroratas que hicieron así este Jefe como otros que le sucedieron, duraron unos 15 minutos; cuyo tema era: Persuadir á los oyentes la necesidad que todos tenían de honrar á sus ídolos, porque de esta manera, les tendrían propicios para que les diesen muchas riquezas, salud y mujeres... les librarían de todos los males, y les obtendrían toda suerte de bienes y felicidades...

Al terminar cada uno su perorata, y á una señal convenida, batieron palmas y tumbas, aprobando cuanto se les había dicho.

(Continuará).

(1) Apenas se hallará un solo jefe de estas tribus que no vaya siempre armado con su *escobilla*, cuyo principal uso consiste en accionar con ella cuando peroran, y en espantarse las moscas ó mosquitos cuando les pican...

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)

REPITO, pues, que bajo todo aspecto, esa noche fué una de las más terribles para nosotros. Las dos siguientes ya no fueron tan miedosas como la primera, porque en llegando el día hacíamos todo cuanto se podía para ganarles la voluntad, y conseguir que nuestra presencia no les fuera molesta. Con estos indios, pues, estuvimos tres días y tres noches. Bautizamos á unos ochenta niños y varios adultos enfermos de gravedad.

Terminaré este capítulo contando un hallazgo que hizo el P. Santiago en esta tribu Fayajena.

En uno de los postes de la casa y en la parte superior, estaba colgado un objeto de figura redonda;

pero que, á primera vista, no llamaba la atención: pues sólo veíamos un pedazo de cuero, y nada más. En cierta ocasión los dos nos pusimos á observarlo, y luego nos vino duda de que algo pudiera significar aquello. Preguntamos á uno de los indios ¿por qué tenían allí ese cuero? «Es de danta,» nos dijo; y dándonos la espalda se fué riendo. Pero á nosotros ya nos entró más la curiosidad, y rogamos que lo bajaran para poderlo ver detenidamente. Y, en verdad, que nos sorprendió cuando al tenerlo en las manos, observamos que en un lado había muchos grabados y líneas en todas direcciones, pero con alguna simetría. Por de

pronto supusimos que pudiera ser algún ídolo; mas uno de los indios muy inteligente y que poseía bastante el castellano, nos dijo que allí estaba dibujado el mundo con sus mares y ríos; y que muchos de los ancianos, en este cuero, daban lecciones á los jóvenes de cómo



ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUKUS: MANDÍBULA SIN DIENTES.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac (P. 103).

estaba formada la tierra; que había mares y luego otras tierras habitadas de seres vivientes, etc., etc.

Todo esto comprueba que alguien, en remotos tiempos, estuvo con ellos, y para darles idea de como era el globo, se valió de esas figuras; y luego esos conocimientos se fueron transmitiendo de generación en generación.

CAPÍTULO V.—Tribu de los Merecienes. Uso del tabaco.

Si mucho se alarmaron los Fayajenes á nuestra llegada, no fué menor la apatía é indiferencia que manifestaron al tiempo de nuestra separación; y pudiera asegurar que tuvieron gusto de que nos fuéramos pronto. Este comportamiento, aunque sea de salvajes, siempre hería nuestro corazón, porque la ingratitud, venga de donde viniere, hace mella en la persona benéfica.

De esta tribu á la de los Merecienes sólo empleamos unas siete horas. Sus habitantes no pasarán de unas doscientas cincuenta almas, y no hay sino dos casas. Recuerdo que el Cacique se llamaba Charocoto, pero no tengo presente el nombre de la Cacica. Bautizamos como á unos ochenta niños y algunos adultos que estaban enfermos de gravedad. Tuvimos noticia que varios

de los indios é indias habían huído al bosque para ver si allí se curaban (que es lo que acostumbran hacer cuando no lo consiguen en la casa). Suplicamos á Charocoto que los hiciera traer para darles algún remedio; pero no compareció ninguno. Entre estos Merecienes, advertimos que las mujeres tenían rubor de presentarse desnudas ante nosotros, lo que nos sirvió de buen argumento para contradecir á muchos caucheros, quienes dijeron que la causa de no vestir á las indias é indios, no era la corrupción, ni mucho menos la mezquindad de los patrones, sino que aborrecían el vestido, y cuando se les daba, ó lo rompían ó lo botaban.

Y la manera como nos notificamos de lo dicho, es la siguiente: llegada la hora de bautizar á los niños, se presentaron cinco ó seis indias vestidas (con cuzma) y con sus hijos de pecho; supusimos, pues, que no tuvieran más párvulos; pero un momento después de terminada la ceremonia, vinieron otras en igual número; y al repetirse esto por tercera vez, pregunté cuál era el motivo de no comparecer á la vez todos los niños á la hora señalada. Y con grandísima pena supe que entre todas las mujeres sólo había seis que tenían sus cuzmitas, y como buenas hermanas se las prestaban á las que debían presentarse con sus hijos ante el Misionero, entretanto que las demás se quedaban en casa completamente desnudas.

Ya que hemos tocado este punto, y para prevenir á otros Misioneros, cuando el Señor los lleve á esos lugares, diré: Que es uno de los mayores sacrificios que tiene para ofrecer á Dios el hallarse en medio de tanta gente desnuda.

Tratemos, ahora, del importante banquete güitoto, ó sea de lo que acostumbran simplemente llamar «Tabaco.»

Su preparación es de lo más sencillo: la asistencia es de sólo adultos y ancianos, con absoluta exclusión de niños y mujeres; sus efectos alarmantes y horribles; y su tiempo: todas las noches infaliblemente.

Para lo primero no tienen que hacer grandes gastos ni es cosa que les quita mucho tiempo, porque basta poner en una olla un poco de tabaco mezclado con algo de ceniza, y luego sometiéndolo á la acción del fuego lo reducen al estado de pura nicotina. Esta sustancia la colocan en un plato, el que ponen en el centro de la casa, visible á todos. A una señal dada, *viva voce*, y algunas veces con el *maguaré* (tambor), van reuniéndose al rededor del plato, como dije, sólo los viejos y los adultos. Las mujeres y los niños, si no participan del tabaco comiéndolo, participan de todo lo que allí se trata; porque nadie habla en voz baja, sino á gritos.

Por supuesto estas reuniones siempre son presididas por el Cacique, siendo el primero que empieza á meter los dedos en el plato (no usan cuchara) y lamer aquella tan fuerte sustancia. Pronto se ve los efectos del tabaco, porque llegan á acalorarse de tal manera, que uno al presenciar esos actos, se persuade que están completamente ebrios y como poseídos del diablo.

Allí tratan de todo lo ocurrido en el día; de los planes que conviene ejecutar para conseguir sus malos ó buenos fines. También renuevan los juramentos de vengarse y comerse á sus enemigos.

Nosotros, á pesar de estar acostumbrados á presen-

ciar esas horribles escenas siempre, teníamos miedo, y esperábamos funestos resultados cada vez que nos encontrábamos en ellas. Estas reuniones nunca las hacen de día, sino que aguardan la noche, y las hay infaliblemente todas las noches. Hay también ocasiones en que, para resolver secretos planes, anuncian á las demás tribus una reunión general; y entonces, además del *tabaco*, se preparan con bastante pol-

vo de coca, para dárselo á los extraños, en señal de amistad.

Por lo regular, en esas disputas, altercados y solución de sus problemas, gastan unas dos horas, y aun hay ocasiones en que prolongan el tiempo hasta cinco á seis horas; pero una vez que han terminado, reina el más profundo silencio, porque cada cual se va á dormir.

(Continuará).

NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

IX

La danza del buey

ENTRE todas las danzas extrañas del mundo entero, dudo haya, ni nunca haya habido, ninguna más curiosa que la «danza del buey.» Sobre este relato llamo la atención de la Sociedad protectora de animales.

Ante todo, he aquí algunas circunstancias particulares que acompañan la bizarra ceremonia.

Sólo se celebra una vez por generación, y únicamente los hombres sanos y robustos pueden tomar parte en ella. Las mujeres y los niños son rigurosamente excluidos; para que no puedan presenciar la danza se les encierra en sus casas.

El lugar donde se verifica la danza no es menos notable. Todos los distritos cambian de localidad, pero retrocediendo siempre hacia el Norte. Así, por ejemplo, los marseleses irían á celebrarla á Lyon, los lyoneses á París, los parisienses á la costa, y los normandos al medio del mar: el mar aquí lo forman las inmensas llanuras estériles que limitan el país al Norte.

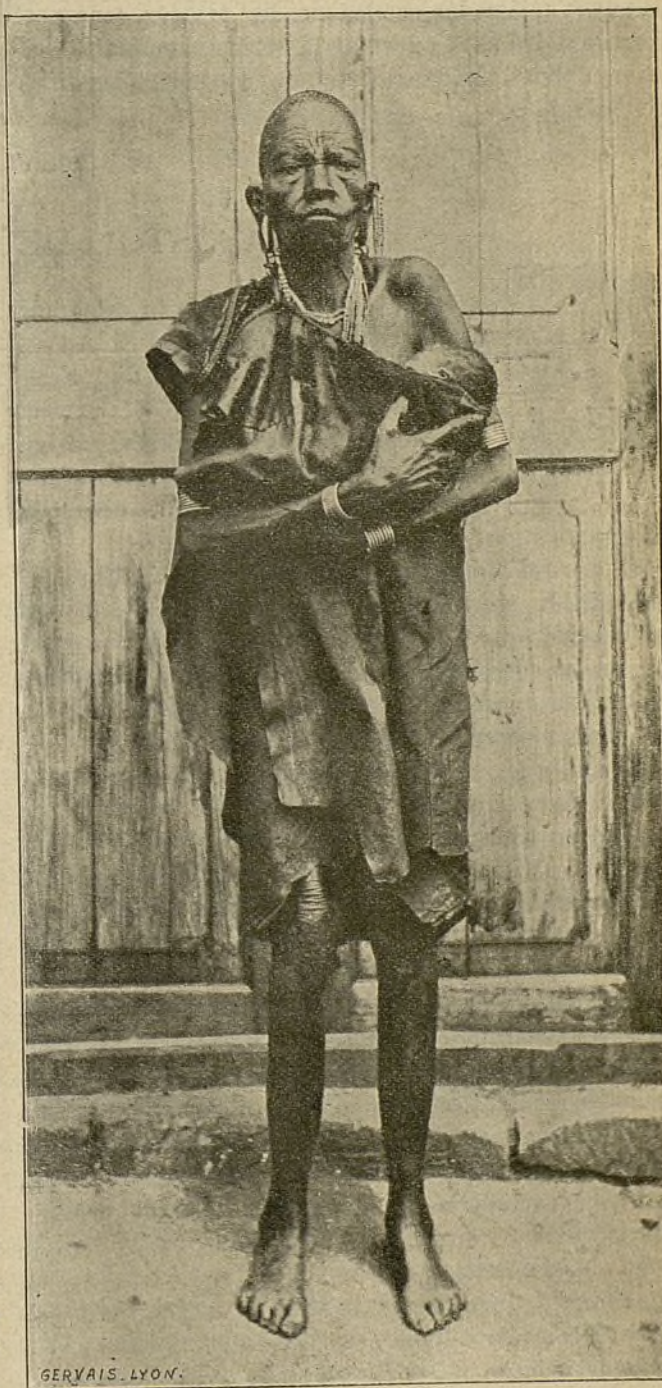
Los viejos de la última generación que tomaron parte en la danza han muerto casi todos: en cada distrito sólo quedan tres ó cuatro, con los cabellos blancos, las quijadas sin dientes... Y antes de que vayan á reunirse con sus parientes, antes de que vayan á juntarse con sus abuelos en el país de los espíritus, hay que recoger de sus labios los supremos secretos, hay que continuar la cadena de tradiciones próxima á romperse...

Empiezan trazando un sendero que deben seguir todos los manifestantes para dirigirse al punto de reunión. Este nuevo sendero será sagrado, y sólo podrá practicarlo en lo futuro la generación que lo inaugura. Como abriera yo un canal para regar el jardín, estos buenos ancianos ofrecieron sacrificios expiatorios, pues dicho canal cruzaba el sagrado sendero...

El día solemne ha llegado.

De todos los pueblos y de todas las colinas descenden hombres armados de lanzas y escudos, en tanto que los no manifestantes quedan encerrados en casa. Reúnense al son de trompetas, toman el nuevo sendero y se dirigen al lugar de reunión, á la cima de una colina. Llevan consigo un magnífico buey. Al llegar al sitio elegido le atan fuertemente las patas, le amordazan y lo echan al suelo.

¿Sabéis de qué va á servir este rumiante? Pues de piso á los danzadores... Los kikuyus se echan sobre él, lo patean, lo prensan, lo aplastan...



ZANGUEBAR. — ENTRE LOS KIKUYUS: UNA ANCIANA. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

Mientras esto hacen, unos músicos, encaramados á lo alto de una casa, sacan de sus instrumentos sonidos lúgubres que parecen interpretar los plañideros lamentos del pobre buey; pero no: lo hacen para ahuyentar los malos espíritus que quieren matar á los danzantes... que siguen pateando y aplastando al cuadrúpedo con furor. Deben á fuerza de patadas arrancarle la piel, la carne, los músculos, los nervios: deben quedar los huesos limpios... Los danzantes van completamente desnudos; gruesas gotas de sudor corren por sus miembros salpicados de sangre... Las trompetas con su lúgubre sonido excitan el infernal furor de estos bárbaros.

Al fin todo está consumado. Del soberbio animal lleno de vigor y de vida no queda más que el esqueleto perfectamente limpio... Piel, carne, nervios, músculos, todo ha cedido á la presión demoledora de los pies.

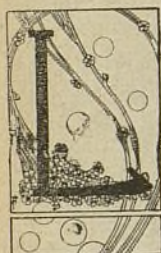
Si para ponderar un «sufrimiento» se compara al de las uvas aplastadas por los pies del pisador, ¿qué metáfora se usará para expresar la horrible tortura de este pobre animal, aplastado y triturado por los pies de estos salvajes?

Acabado el trabajo los danzantes, bañados en sudor y chorreando sangre, se sientan en el suelo formando un gran círculo al rededor de los venerables supervivientes de la generación que se extingue, sus labios balbucientes van á recibir las grandes tradiciones y los supremos secretos... Y así perdura la cadena que enlaza el Pasado con el Presente.

Los manifestantes se han retirado. Todos guardan religiosamente en el fondo de su corazón el secreto de tan importantes revelaciones. ¡Desdichado país si algún día estos secretos se divulgaran! La mayor parte de los danzantes se los llevarán consigo á la tumba. Y cuando de entre los poseedores de esta tradición no queden más que unos pocos ancianos de cabellos blancos y quijadas sin dientes, entonces una nueva generación celebrará la «danza del buey.»

Ruego á la Sociedad protectora de animales se sirva avisar á tiempo. Creo inútil, dadas las actuales circunstancias, el envío de prospectos y folletos; lo mejor sería delegar conferenciantes. Tengo para mí que nuestros danzadores sucumbirían muy fácilmente á los encantos de la elocuencia.—(Continuará).

EL APÓSTOL DEL CHOTA NAGPORE



Los Belgas han sido siempre celebrados como valientes misioneros. El Apóstol de las Indias y del Japón, San Francisco Javier, escribiendo del Extremo Oriente, pedía de preferencia Belgas para llevar adelante los grandes planes que él había concebido para ensanchar en aquellas partes el reino de Cristo.

El que lea la biografía del Padre Constantino Lievens, S. J., escrita por el Padre Van Tricht, quedará convencido que los Belgas de nuestros días no han degenerado de sus gloriosos antepasados, y que el celo de las almas todavía arde en sus pechos y los transforma muchas veces en héroes del Evangelio.

El Padre Lievens nació en 1856 en un modesto rancho de Flandes. Entró en la Compañía de Jesús en 1878, y en 1883 fué ordenado sacerdote por Monseñor Goethals, arzobispo de Calcuta en las Indias. Dos años más tarde el joven Jesuita empezaba su maravillosa carrera de apóstol del Chota Nagpore. A este tiempo rebosaba salud; su constitución de hierro parecía hecha á propósito para aquella vida de rudos trabajos y continuos padecimientos que le esperaba. Su carácter era fuerte, dotado de una energía extraordinaria, fecundo en recursos: en una palabra, era una de aquellas almas ardientes que hubieran deleitado el corazón de un Ignacio de Loyola. La nota característica de este nuevo campeón de la Cruz era el entusiasmo del sacrificio.

Solo y sin medios humanos, fué enviado por sus superiores á Torpa para fundar una nueva estación.

Pocas semanas después escribía á su familia: «Ya tengo unos cincuenta cristianos; pero por lo demás padezco una necesidad extrema; no tengo ni casa, ni hogar, ni cruz, ni iglesia, ni buey, ni asno, ni dinero.

Me he propuesto levantar tres iglesias á lo largo del camino real, y un cierto número de capillas de cada lado en los bosques... Viajo generalmente descalzo; es más económico y más desembarazado, aunque algo duro á veces cuando el terreno es pedregoso. Duermo debajo de los árboles, en los establos, dondequiera que me acomete la noche... Hace cosa de un mes, fuí sorprendido en un bosque por una tempestad que duró más de cuatro horas. Como estaba á más de una legua de casa, y las tinieblas eran tan espesas que mis ojos no alcanzaban más allá de mis manos, me puse en cobro por algún tiempo debajo de un árbol. Después de un rato determiné continuar mi camino á tientas y al acaso encomendándome al patriarca San José, el cual me condujo á casa cerca de la media noche; sin él hubiera indudablemente perecido... El sábado 22 de Agosto emprendí una excursión durante la cual, en medio de una lluvia incesante, tuve que vadear siete ríos. Anduve veinte leguas, rendido de cansancio y mojado hasta los huesos, pero alegrándome de tener algo que ofrecer á aquel Señor que tanto padeció por nosotros.» Pudiéramos multiplicar estos rasgos indefinidamente, si quisiéramos seguir al apóstol en todos sus pasos, pero nos falta el espacio.

El Thanadar, ó agente de policía inglesa de Torpa, hizo al Padre Lievens un beneficio que tuvo las más felices consecuencias para el bienestar material y espiritual de la gente del país: le inició en las leyes y costumbres locales que todavía forman la base de toda la jurisprudencia inglesa en aquellas comarcas. Estas leyes son un laberinto verdaderamente inextricable para todo europeo que no tiene á su servicio una guía experimentada, al paso que constituyen un arma poderosa en mano de los extranjeros invasores para oprimir á los indígenas. El Padre Lievens era hombre de des-

pejado entendimiento, como que había aprendido casi sin dificultad el flamenco, el latín, el francés, el inglés, el alemán y el bengalí; al cabo de un año estaba tan al corriente de las cosas y había penetrado tan bien los secretos de los procedimientos, que podía enmendar la plana al más listo. Los mismos jueces le consultaban en sus perplejidades.

Estos conocimientos tan raros y tan útiles le granjearon al misionero una fama y un prestigio verdaderamente inauditos, y que él se apresuró á emplear en pro de las almas. Se consideraba como padre de los cristianos que acababa de convertir, y juró de ampararlos contra la codicia y rapacidad de los invasores.

El espectáculo nuevo é inesperado de un misionero que tomaba en sus manos la defensa de los intereses temporales de sus feligreses, causó en todo el país una profunda sensación. El juez inglés, Mr. Cornish, penetrado de admiración por el joven y valiente Padre, solicitó el honor de contarle entre sus amigos más íntimos. El rumor se esparció de pueblo en pueblo que en Torpa un sacerdote se había constituido el abogado de los indígenas contra las opresiones de sus enemigos. De todos lados los que habían sido despojados de sus posesiones acudieron al Padre Lievens, cuya habilidad y elocuencia siempre hacían triunfar la causa de la justicia delante de los tribunales. Los indígenas, agradecidos al beneficio, cobraron amor al sacerdote, y del amor del sacerdote pasaron pronto al amor de su religión; muchos de los paganos ayudados por el Padre abrazaron la fe de Cristo. Este fué el principio de las

conversiones en masa que se verificaron en las provincias de Biru, Panari, Nowagurh y Barway.

Pero su misión de defensor de los pobres y oprimidos sólo ocupaba la menor parte de su tiempo. El Padre Lievens era ante todo apóstol y sus esfuerzos principales se enderezaban á libertar las almas de la esclavitud del demonio. Al fin del año 1886 se hallaba ya rodeado por dos mil setecientos católicos, y ochenta y seis pueblos le llamaban á voz en grito. Su Misión de Torpa se extendía por cuarenta y ocho millas del Norte al Sur. Para ayudarle en la administración de aquella parroquia, vasta como una diócesis, sus superiores le enviaron sucesivamente cuatro Padres durante el año 1887; pero todos cayeron el uno tras otro, en pocos meses, rendidos y acabados por los trabajos y por las calenturas.

A esta época le sucedió un hecho que el Padre gustaba de contar para poner de manifiesto el amoroso cuidado que la Providencia tenía de él. Había emprendido una expedición muy lejana y volvía de predicar en una aldea que daba promesas de mucho fruto. A quince millas de Torpa fué sobrecogido por un espantoso huracán; aunque sobremanera cansado, y con los pies ensangrentados, quiso seguir su camino. «El bosque no está lejos, se dijo, allí me cobijaré bajo un árbol.» Llovía á cántaros y la noche se hacía negra como boca de lobo. El Padre anduvo hasta que sus fuerzas vinieron á menos, cuando se dejó caer de espaldas contra el tronco de un árbol, hizo la señal de la cruz y se rindió al torpor que le invadía.

(Se concluirá.)

ALGO SOBRE COSTUMBRES CHINAS

Supersticiones



BANDONADO el hombre en castigo del orgullo en manos de su consejo, es el ser más miserable y digno de compasión de cuantos el Señor ha hecho aparecer sobre la tierra.

Lleva estampada en su alma la nobleza de origen y el sello real con que el Criador le adornó para presidir los seres inferiores á sí propio: está dotado de un corazón cuyos deseos ninguna cosa caduca puede llenar, y sin el conocimiento y amor de Dios en este mundo ó la visión beatífica en el otro es como la aguja magnética que está inquieta y desasosegada mientras no se enfila hacia el Norte. Tal es el hombre que camina fuera de la senda que conduce á la verdadera felicidad.

Hoy el pueblo chino cree en el politeísmo que al contacto de la civilización se desmoronará como la estatua de Nabucodonosor al golpe de la piedrecilla, simplificándose en culto del dios materia: pero antiguamente adoraba un Ser Supremo, como consta por la Historia y libros *canónicos*. En el *Se-chin* alabando á un Emperador se lee: «Men Hong (que es el aludido) (1) con suma diligencia y cuidado atendía al servicio del Señor del cielo;» y en otra parte el Su-chin dice: «á los que

obran el bien, el Supremo Señor les premia con todo género de felicidades; y á los que practican el mal, les castiga con toda clase de infortunios.» Siendo esta verdad fundamental abstrusa para inteligencias no acostumbradas á la consideración de principios abstractos, fué poco á poco perdiendo terreno, hasta el punto de quedar sola relajada en los libros. No sucedió lo mismo con la creencia del influjo que pueden tener los espíritus en la buena ó mala marcha de los negocios, ó en la salud ó enfermedad, pues acerca de este punto son los chinos *espiritualistas* y supersticiosos hasta dejarlo de sobra.

Primero llamaron *S'u-sa* por antonomasia á Buda, aplicando después aquel apodo á todos los dioscellos del olimpo chino cuyas imágenes adoran creyéndolas habitadas por el espíritu que representan. Espíritus ó ídolos los hay para todos los gustos y estados; con decir que hasta los ladrones en el acto mismo de robar, adoran y se encomiendan al suyo protector, á fin de que la obra resulte bien y no sea por nadie descubierta, es cuanto se puede encarecer esta materia. Los hay para repartir hijos á sus devotos, para crearlos gordos y rollizos, protegiéndolos contra toda diabólica acometida, para hacerlos ricos y felices, para regalarles el glóbulo y librarles, en fin, de todos los trances apurados de la vida. Toda clase de artesanos lo mismo que de comerciantes y labradores tiene el suyo, y todos además

(1) Reinó por los años 1122 antes de la Era cristiana.

otro peculiar que es el dios del Japón. En grandes ciudades hay una pagoda donde se tributa culto al ídolo titular de las mismas, el cual tiene muchos subalternos llamados *Tou-Ti*, teniendo cada cual señalada la barriada cuya vigilancia le incumbe. Tan supersticiosos son estos indígenas, que aun en medio de las sementeras y aun cuando no haya más que una casa solitaria, allí al pie de un árbol añoso se rinde culto al dios tutelar que habita ya en diminuto pagodín, ya en una tinaja vuelta al revés con una abertura por donde se le ve y adora. A lo que allí se tributa culto es á una tablilla ó á un ladrillo, ó á una pareja de monigotes, cuando no rinden los mismos honores á un árbol secular. Las más elevadas montañas están coronadas con pagodas dedicadas á toda casta de ídolos.

La *canonización* de ellos pertenece exclusivamente al Hijo del cielo, quien puede declarar dignos de culto para todo el Imperio á cuantos se les antoje, pero este honor recae de ordinario en los que han prestado á la patria señalados servicios. Algunas veces el pueblo se arroga este privilegio: casi llegué á conocer un médico llamado Pen-Re-Yuing, de quien contaba la fama muchas virtudes, como no exigir dinero por las recetas que prescribía á los pobres, asistirlos con prontitud, no querer viajar en litera, guardar con esmero las reglas de la secta ayunante y otras por el estilo. Al poco tiempo de morir levantáronle pagodas, siendo al presente uno de los ídolos más populares en el distrito de Sin-Siang: lo cierto es que los que más celebran este suceso son el diablo y el hijo del nuevo *santo*: aquél porque se vale del médico difunto para hacer curas milagrosas en apariencia, con las que encanta y sujeta más á sí á los que le adoran; éste porque tiene infinidad de parroquianos que le pagan bien las curas realizadas en nombre del espíritu de su padre.

Años atrás publicaron *Las Misiones Católicas* el relato de una procesión para implorar lluvia y las supersticiones con que la adornaron; aunque hoy pudiera ilustrar aquella materia aduciendo nuevos datos, para no cansar al lector, me remito á lo allí publicado, tratando ahora sólo de las supersticiones que practican en las enfermedades.

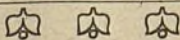
Es la enfermedad crisol que purifica á los escogidos de la escoria y resabios de los afectos terrenos: de ella salen ejercitados, puros y limpios á los ojos del Señor; por eso las almas buenas reciben toda clase de tribulaciones como regalos de nuestro Padre que está en los cielos. ¡Qué veneros de dulzura aun en medio de los dolores encierra, como preciado tesoro, la doctrina católica para alivio y solaz de sus buenos hijos! ¡Qué dicha haber mamado desde la niñez enseñanzas tan consoladoras!

Pero estos infelices paganos faltos de luz en el entendimiento y de amor en el corazón, sólo ven en las enfermedades á un enemigo terrible de su bienestar y comodidad y un látigo vengador manejado por los ídolos. El único consuelo que alivia sus dolencias procede de las visitas de parientes y amigos que, aunque infieles, muestran la natural compasión originada de las miserias que afligen al deudo ó amigo, visitándole con frecuencia: tampoco la falta de visita del médico, si se

le llama, quien con mucha prosopopeya entra en la habitación del enfermo donde han colocado una mesita con dos taburetes. Siéntase el galeno frente por frente del enfermo que deja caer sus brazos sobre la mesa, empezando aquél á tomarle el pulso. Pasa un cuarto de hora, sucédese otro y mi galeno sigue aún agarrado de las muñecas antes cogidas: suelta la una y vuelve á empezar con la otra, que despide de sí después de media hora larga. Como en este país todos tienen derecho á ejercer la medicina sin necesidad de ningún título legal, porque no se estilan tales requisitos, no falta quien después de manosear el pulso tan á la larga, como dicho queda, con una receta deje frío al paciente dándole pasaporte para el otro barrio. Pero en honor de la verdad es necesario consignar que hay galenos muy peritos en el arte de curar las enfermedades, especialmente las internas, y que con pocimos de hierbas y raíces, sin excluir cucarachas, realizan curas de que se jactarían aun los mismos europeos.

Cuando las recetas no producen el efecto deseado, entonces acuden á los ídolos de más fama, ofreciendo votos de ir en peregrinación á las pagodas ó de guardar abstinencia de toda clase de carne de aves, peces y animales en los novilunios y plenilunios, y hasta de observar el mismo rigor en la comida todos los días por un año ó dos y aun por toda la vida, según el fervor y buena voluntad del que hace la promesa, que de ordinario es cumplida fielmente. Otros invitan á cuatro personas que salgan fiadoras del enfermo ante el ídolo protector de la barriada (*Tou-Ti*) en cuya presencia queman papel moneda envuelto en forma de cartas de gran tamaño, teniendo en su interior escritos los nombres de fiadores y fiado: es el fuego único medio transmisor para avisar á los dioses que pueblan el cielo occidental (*Si-tien*) de los enjuagues que arman los hombres aquí abajo: al mismo elemento confían el envío á los difuntos de la plata (en tal se vuelva) transformada, como el fénix de sus cenizas, de las pavesas del papel moneda. Muchos invitan á hechiceros y brujos de oficio: de éstos hay quien tiene pacto expreso, quien tácito con el diablo, y no falta tampoco quien careciendo de los dos, se le antoje al enemigo malo servirse de él para curandero. Poco tiempo ha que en Sheng-chow se presentó una mujer para alistarse en el número de los catecúmenos; interrogada acerca de los móviles que para ello tenía, contestó lisa y llanamente que por librarse del ídolo (léase diablo) que la forzaba á oficiar de curandera contra su voluntad. Después de ingresar en el catecumenado, al sentirse molestada del espíritu importuno, le daba higas con la señal de la cruz, viéndose al presente libre de tan molesto huésped. Estos hechiceros no reconocen por maestro á un solo ídolo: alístase cada cual bajo la bandera del que más le agrada, si ya no es que mal de su grado le imponen la profesión de brujo. El ídolo que tiene más discípulos en la prefectura de Sheng-chox-Fu es un tal *No*, el cual, según reza la tradición, fué el único de los mortales que juntamente con una hermana suya se libraron, embarcados en una tinaja, de perecer ahogados en las aguas de un gran diluvio que cubrió toda la tierra.

(Continuará).



LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR
M. C. G.

(Continuación)

28 Septiembre.

Ayer cuando mis queridos huéspedes se hubieron retirado, Carlos me anunció que á primera hora de la mañana siguiente salía para B.... y que regresaría el mismo día. Suele cuando se ausenta explicarme el motivo del viaje. Lo miré con asombro.

—Pues sí, me dijo, tengo qué hacer en la capital. Deseo que los niños pasen en el campo el más largo tiempo posible, pero es preciso que me preocupe de preparar la entrada de Luis en el Instituto; voy á ver al director para ultimar los detalles.

—De manera que esta resolución es irrevocable.

—¿No lo sabías? ¿crees que cada día mudo de parecer? Deseo que la instrucción de Luis sea completa y sólida, que reciba una educación viril y por estas razones lo quiero alumno del Instituto.

—¿Te parecen mal educados mis sobrinos?

—No, al contrario; pero ellos pueden ser una excepción.

—Y en materias de religión y moral ¿no temes por el alma de nuestro hijo?

—Debe acostumbrarse á pensar, á juzgar y á resolver por sí mismo.

—Sea. Pero antes no me negarás la necesidad de que su juicio esté formado, y completa su inteligencia. En el Instituto nadie se preocupa de educar, ¿y la Religión?

—Mi hijo será siempre cristiano. Velaré por su fe, te lo prometo.

—Lo entregas á maestros que en su mayoría alardean de ateísmo, y me prometes que velarás por su fe... ¿Y el tesoro de su inocencia?

—Para que no se lo roben velarás tú, y esto es la razón por la cual no lo quiero pensionista. En fin, tus observaciones son inútiles. Mi resolución es irrevocable.

—¿Qué responsabilidad!

—Cargo gustoso con ella.

Y salió cerrando la puerta con estrépito: comprendí que no debía insistir.

2 Octubre.

Mi hermana nos deja mañana y dentro dos días partimos nosotros. Vamos, pues, á separarnos por un año, llevando cada una en el corazón profunda inquietud por la suerte de uno de nuestros hijos. María por la de su hijo enfermo; tiembla ante la idea de que pueda la muerte arrebatárselo, y con frecuencia he sorprendido las lágrimas en sus ojos, cuando con paciencia de madre sigue á José, cuidándolo con el cariño que ella sabe, vigilando sus paseos y cortas excursiones. Y yo también estoy triste, muy triste. Mi Luis es bueno, sólidamente

piadoso, en su corazón vive el más acendrado afecto á la familia. Tengo la absoluta seguridad de que bien dirigido y bien educado sería mañana un joven completo. Pero sus cualidades, su franqueza, su natural ardor y vivacidad, esta sed de estudiar y saber que hasta hoy tan eficazmente contribuyó á sus adelantos, serán peligrosos, por desgracia bien reales, si el medio en que va á vivir es malo, como todo me induce á creerlo. Es, pues, su alma la que pelagra; su alma para mí queridísima y cuya vida es mil veces más preciosa que la vida corporal... Cuando el próximo verano nos reunamos en esta propiedad, ¿qué será de nuestros hijos?

4 Octubre.

Esta mañana Carlos me ha preguntado si había dicho á Luis que dentro tres días ingresará en el Instituto: le contesté que no, y mi respuesta le contrarió mucho.

—A ti, le repliqué quizás con excesiva viveza, te incumbe anunciar una decisión que es tuya, exclusivamente tuya. ¿Qué puedo decirle á Luis cuando venga á mis brazos, desolado porque no le permites ir al Colegio de Máximo? ¿Querrás que le explique cuánto me apena su ingreso en el Instituto?

—Fío en tu discreción para no temer semejante imprudencia.

—Sin embargo... ¡Pretendes que me contradiga, que aprueben mis palabras lo que mi alma aborrece! No esperes de mí tal fingimiento. Lo más que puedo prometerle es callar. Dispones de nuestro hijo contra mi voluntad: arréglate, pues, cuéntale tus planes y guíalo como quieras; afirmas que tal es tu derecho, úsalo, pero no intentes violentar mi conciencia.

Carlos no insistió; poco después me pareció oír abrir la puerta de la sala donde estudia Luis: unos momentos de silencio, la abre otra vez y se dirige presuroso á su despacho: apenas lo había cerrado cuando entró mi pobre hijo al salón llorando á lágrima viva. Me buscaba. Al verme se echó á mis brazos.

—Mamá, no iré al Instituto... No quiero ir... ¿Por qué no me dejan estudiar con Máximo?...

Y lloraba preso de amargo sentimiento.

—Ya sabes, hijo mío, que debes obedecer á papá.

—¿Por qué papá no hace como tío Gastón? ¡son tan felices mis primos! ¡mis amigos estudian en los Padres! En el Instituto no conozco á nadie... No, no quiero ir, no iré al Instituto.

Mi hijo sólo veía un aspecto de la cuestión y ciertamente el menos importante. Hice cuanto supe para consolarlo, pero en vano.

Cuando á la cena vió á su padre, su pobre corazón—

cito aún rebosaba tristeza y lágrimas. Carlos le miraba severo y la comida fué triste. Acabada la cena Luis fué á saludarle para irse á acostar, le echó los brazos al cuello y le dijo llorando:

—Papá, no me mande al Instituto, se lo pido.

—Déjame, Luis; le contestó con aspereza mi marido, y separó al niño que corrió á refugiarse en mis brazos.

Le estreché contra mi corazón diciéndole se acostara, sin llorar. El criado anunció una visita que para Carlos fué oportunísima: no volvió á hablarse de lo ocurrido.

7 Octubre.

Este medio día salí de paseo con Luis, que estaba triste y me apuré á preguntas, á las que repliqué que para bien obedecer precisa no preguntar, y que «los padres han sido creados para mandar y los hijos para obedecer.»

Pasamos por delante una iglesia; acostumbro, siempre que mis quehaceres me lo permiten, entrar un momento á saludar al Señor y así lo hice con Luis: del fondo del corazón le pedí al divino Salvador se dignara bendecir á este niño que le ofrecía y consagraba como se lo ofrecí el día del bautismo; que lo preservase y conservase puro, librándole de los innumerables peligros que le amenazaban... Luis rezaba de rodillas á mi lado. Y rezaba con esta naturalidad y sencillez que tanto complace á este dulcísimo Jesús que dijo: «Dejad venir á Mi los niños.» Mi hijo es naturalmente piadoso. En cuanto siente su alma atormentada por ligero pesar, por sombras de tristeza, corre á los pies del Señor y le reza con confianza que conmueve... Cada noche al acostarse abraza la medalla de la Virgen y se duerme sin soltarla, rogándole á la celestial Señora se digne bendecirlo. No olvida nunca sus ejercicios piadosos, que son breves como convienen á su edad, y los cumple no con negligencia y sólo por costumbre, sino con respeto y devoción. Cualidades envidiables que aprecio en mi hijo. Su alma es como tierra bien preparada. No descubro en ella defectos notables de estos que puedan entorpecer el avance en el camino de la virtud y del bien. Pero ¿qué semilla echarán en este jardín hermoso que hasta hoy he guardado con el cuidado más solícito? Bastarán unas semillas malas para ahogar los gérmenes santos que la gracia del Bautismo depositó en esta alma de niño, en la cual aún no han logrado arraigar y desarrollarse cuanto precisa para resistir y vencer. Esta rectitud de que tan hermosas pruebas tiene dadas Luis ¿no será torcida y maltrecha por malos ejemplos y perniciosos consejos? ¿No perderá su natural franqueza, su amor á la verdad, tratando otros niños mentirosos y fingidos?... Ojalá sean exagerados y quiméricos mis temores. Este es el más ardiente de mis deseos.

15 Octubre.

El día primero de curso Carlos vino á buscar á Luis y lo acompañó al Instituto. El niño se mostró dócil pero triste y contrariado. Al regresar llegó desconsolado. Nunca le dije que desaprobaba su ingreso en el Instituto. Al contrario, siempre le aconsejé obedecer, añadiéndole que su papá anhelaba su bien; sin embargo, me

atrevería á asegurar que Luis adivina que no es el Instituto el colegio que prefiero.

Cuando quedamos solos me explicó las impresiones del día. No conoció ni un alumno. El profesor no le dijo palabra. Las clases le parecieron frías y tristes.

Procuré consolarle diciéndole que pronto conocería á sus condiscípulos, que el catedrático le querría y trataría con amabilidad cuando se fijara en su aplicación y aprovechamiento; que pues el día había sido lluvioso, esta sería la causa de que el Instituto le pareciera frío y triste.

—Cuanto V. dice, será cierto, mamá, pero creo que en los Padres las clases me hubieran gustado mucho más, y V. también lo cree así.

—¿Qué ocurrencias tienes, Luis!

No insistí. Adivinaba que pensaba y sentía como él, pero no creí oportuno decirselo.

Los días sucesivos ha vuelto cada vez menos triste, hasta que la alegría, natural y constante compañera de la infancia, se ha enseñoreado de nuevo y en absoluto de su corazón. Una buena composición que le valió el primer premio, acabó de alegrarlo. Mi marido vence. Yo miro el porvenir y temo. Que la causa de mis temores no era esta pasajera tristeza de Luis, pues no ignoraba que un niño á su edad olvida presto y se consuela en seguida. ¡Ah, lo que quisiera y muy de veras, sería persuadirme de que su amor al trabajo le preservará de los peligros que le rodean!

4 Noviembre.

Ayer nos visitó un antiguo amigo de Carlos. Don Gustavo D..., que de paso para B... se detuvo un día en nuestra casa. Nos ha hablado de su familia, de su madre que vive en Pau, á causa de su delicada salud, de su esposa, de sus hijos, de su hijita que acaba de cumplir cinco años y que con sus risas y juegos llena el hogar de encanto y alegría.

—¿Y tú, amigo mío, qué haces de tus niños? la niña es una mujercita, ¿dónde se educa?

—En el Sagrado Corazón.

—¿Y tu hijo?

—Ha ingresado en el Instituto hace apenas un mes.

—¿En el Instituto? ¿No hay por aquí Colegios de Jesuitas?

—Sí, uno, pero un sin fin de razones me han decidido por la enseñanza oficial.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Oviedo.—D. Miguel de Uribe. 6 Ptas.
San Ildefonso.—José Navarro Salinas. 1'35 »

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona